



facebook.com/diocesisdealbacete
twitter.com/DiocesisAlbact



Hoja Dominical

Diócesis de Albacete



3 Enero 2016
II Domingo después de Navidad

No olvidaros de todos aquellos que...

Marian Sánchez

Queridos Reyes Magos:

Me llamo Ángel, tengo un mes y medio, y este año he sido muy bueno... bueno, eso creo, porque todo el mundo se acerca a mí hablándome con cariño, me hacen caricias, me dan besos, me acunan para que me duerma, me cantan canciones y hasta me cambian los pañales entre piropos y risas.

Yo no sé exactamente lo que les hace tanta gracia de mí ni por qué me quieren tanto, pero papá y mamá dicen que me han esperado muchos meses y que soy mejor de como ellos soñaban. Eso lo sé porque antes de nacer ya recuerdo la voz de mi mamá hablándome y cantándome, y también a Papá acariciando la tripa de mamá y pidiéndome que fuera bueno.

Así que yo me porto bien... bueno, lloré un poco cuando me sacaron de la barriga de mamá porque me dio frío, y también cuando me pincharon en el culete dos días después... Bueno, sí, también llo-

ro un poquito de vez en cuando me duele la barriga o tengo hambre; pero enseguida se me pasa porque siempre hay alguien que me consuela: o mis abuelos, o mis papás o un montón de gente que me quiere y que dicen que son mis tíos.

Creo que mis papis hicieron una lista enorme de cosas para comprar y tener en casa cuando yo naciera... la mayoría no me hacen falta, porque yo lo que quiero es que sigan abrazándome, dándome besos y diciéndome cosas bonitas.

Mi mamá pone la radio por las mañanas, y me he enterado de que hay niños que no conozco que tienen siempre frío, a los que no les han pinchado en el culete y se pueden poner malitos, y a los que no les dan de comer cuando lloran, ¡pero entonces llorarán todo el día!

Así que este año, quiero que traigáis vacunas, comida y abrigo para esos niños. Quiero que mis papás y mis abuelos no se preocupen cuando lloro, y que sepan que soy un niño feliz porque tengo todo lo que necesito.

Quiero que todas esas personas que

me dan tantos mimos sonrían todo el día igual que me sonrían a mí, que miren a la gente que se encuentran con la ternura con la que me miran a mí, que dediquen tiempo a cuidar a quien no puede cuidarse como lo hacen conmigo, que perdonen a la gente que les molesta igual que a mí me perdonan cuando molesto en mitad de la noche... y que no tengan miedo. Ellos no lo saben, pero yo nunca tengo miedo porque aún recuerdo a un amigo chiquitito, como yo, un niño que se llama Jesús y que me animó para nacer, que me dijo que no tuviera miedo porque Él siempre estaría conmigo. Las personas mayores que tanto me sonrían y luego se ponen serios cuando creen que no los veo, deben haberse olvidado de lo que les dijo Jesús antes de nacer; porque si superan que hay un niño que siempre está dispuesto a nacer dentro de ellos para quedarse toda la vida cuidando de sus sonrisas... no las perderían tan a menudo.

Muchas gracias, queridos Reyes Magos, por haberme traído, antes de pedirlo, todo lo que necesitaba.

Actualidad

Desde unos siete mil kilómetros de distancia

Pág. 2

Mons. Ciriaco Benavente

En Navidad celebramos también nuestro propio nacimiento

Pág. 3

A fondo

Mensaje del Papa para la Jornada Mundial de la Paz

Pág. 4



Desde unos siete mil kilómetros de distancia



Francisco Molina

Hace algo más de cuatro meses que vivo en La Romana (República Dominicana). Como hijo de la diócesis de Albacete y de las Escuelas Pías, desempeño mi ministerio y misión en un contexto complejo, complicado y con su punto de caos. Viviendo la labor educativa y la misión evangelizadora, propias de un hijo de San José de Calasanz, en medio de situaciones que en otros tiempos me han quitado el sueño (literalmente cierto).

Quizás se piense que lo lógico, cuando uno vive en contextos de injusta redistribución de la riqueza, debiera ser describir desgracias, escenas conmovedoras, las innumerables carencias... para mover así el corazón de los lectores. Podría contarles de esas situaciones, no lo voy a hacer.

Aquí la mayor parte de la gente vive al día, con sonrisas y un cierto punto de dejadez. Ser católico rodeados de innumerables capillas de otras confesiones, cuyos pastores son frecuentemente muy hostiles y agresivos en su lenguaje.

El presente continuo es lo que mejor expresa el sentimiento que vivo. Cada día es imprevisible. De muy poco sirve la agenda. Hay que entrarle al día encontrándose con las personas. Saludos, apretones de mano, caras alegres y tristes... escucha activa, silencios, asombro interior, gratitud. No hay día sin momentos de conmoción, de asombro y de agradecimiento.

Educar y anunciar el Evangelio no son tareas fáciles, pero sí muy gratificantes. Despertar el conocimiento y caminar juntos al encuentro de Jesús cada día, son los retos allí donde la educación católica se ofrece.

Sustancialmente mis trabajos y ocupaciones son los mismos que he venido desempeñando en mis veinticinco años de sacerdote. ¿Cuál es entonces la novedad? Creo que son las personas, que sin ser más buenas, inocentes, sinceras... sin ser más nada especial, las percibo especiales. O quizás sin ser yo más

nada especial en nada, me hacen sentir diferente. No deja de ser un misterio que me sienta bien con menos cosas y comodidades, lejos de mis escenarios vitales gratificantes. Mi estudio ya no es la viabilidad de las competencias básicas de la educación, con sus indicadores y criterios de evaluación, la certificación de calidad, o los planes de... Casi no leo porque no saco tiempo, pero estoy aprendiendo mejor de la vida de las personas.

Cuatro meses son poco, y por si más adelante mi discurso se modula a la baja, es ahora que quiero manifestar y compartir que es un gran regalo alejarse de la propia zona de confort. Es como dejar de fumar, que te hace recuperar el olfato y el gusto, y ahorra dinero.

Dos meses de dicha, que tuvieron un comienzo incierto. Llegar y vivir los primeros días en un lugar nuevo, fue costoso. Pero hasta donde alcanzo a discernir, creo que Dios ahora me quiere aquí y lo agradezco. Se que la oración de los que me quieren y recuerdan me está haciendo bien. Se que en la media que uno se empobrece, es como se enriquece. Se que menos es más.

Desde unos siete mil kilómetros de distancia y con mi llavero de la Virgen de los Llanos un saludo fraterno.

Día de los Catequistas Nativos y del IEME

El 6 de enero, Solemnidad de Epifanía, es la primera gran fiesta misionera: Cristo, luz de las gentes, es la Manifestación del Señor al mundo.

El Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME) tiene encomendado animar el sentido misionero de la Solemnidad y en orientar nuestra mirada en los misioneros de a pie, de campo, los catequistas y líderes de comunidades.

Ellos son los mejores propagadores, los más cualificados mensajeros para dar a conocer y hacer creíble en su cultura que la enseñanza de Jesús de Nazaret será la que nos conduzca al verdadero desarrollo, a la genuina liberación y al auténtico progreso.

Concurso de Belenes escolares

Desde la Pastoral Escolar del Secretariado de Enseñanza nos invitan a visitar los belenes escolares que han participado este año en el concurso. Estarán expuestos en El Corte Inglés hasta el 5 de Enero. Hay más 90 belencitos procedentes de 32 centros educativos de toda la provincia. Con este concurso se pretende llevar el nacimiento de Jesús a los centros, a las familias y a cada uno de nosotros.



BIBLOS

Nuestra librería diocesana
c/ Concepción, 13

LA PALABRA

1º: Eclo. 24,1-2.8-12 | Salmo: 147
2º: Ef. 1,3-6.15-18 | Evangelio: Jn. 1,1-5.9-14



En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió.

La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre.

Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.



En Navidad celebramos también nuestro propio nacimiento

Hay, cuadros, pinturas excel-sas, que hay que contemplarlas una y otra vez, para que, poco a poco, nos vayan entregando toda la belleza que esconden. Eso nos pasa, con mayor motivo, con el misterio de la Navidad.

Los textos de la Navidad nos han presentado a Jesús Niño recién nacido en el pesebre, bajo la mirada absorta de María y José. Hemos visto a los pastores iluminados por la luz cálida que inundaba la gruta. Ha sido como contemplar alguno de nuestros belenes barrocos. Y seguro que, como si se tratara de una película, nos hemos recreado en algún primer plano del Niño, de María

El poeta Luis Rosales, con la licencia que la poesía otorga a los poetas, se imagina al ángel de la guarda del Niño que regresa al cielo para informar de cómo han transcurrido las cosas por Belén. El bueno del ángel es pesimista, lo ve todo negro. Cuando Dios, al fin, le pregunta por el Niño, responde: “¿El Niño? -“Señor, el Niño / ya empieza a mortalecerse/ y está temblando en la cuna/ como junco en la corriente”. Con el neologismo “mortalecerse” ve al niño mortal, tejido de limitaciones y miserias como nosotros.

Pero hoy, como en la tercera misa del día de Navidad, la liturgia abandona el tono narrativo, para volver a preguntarse quién es realmente ese Niño.

En el credo de la misa confesamos la preexistencia del Verbo, la Palabra, “el Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero... de la misma naturaleza del Padre”. Es la fe de la Iglesia proclamada solemnemente en el concilio de Nicea. Una fe que se funda en el prólogo del evangelio de Juan, que hoy se proclama, y que en un segundo movimiento afirma: “El Verbo, la Palabra, se hizo carne y puso su tienda entre nosotros”.

En Jesús, el recién nacido, se esconde no sólo el Dios con nosotros, es también el Dios por nosotros: “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios”. En Navidad no sólo celebramos el nacimiento de Jesús, sino también nuestro propio nacimiento.

El pensamiento ateo de los siglos XIX y XX presentó a Dios como rival del hombre, hasta el punto de que la muerte de Dios era condición ineludible para que el hombre adquiriera su auténtica estatura de único dios de este mundo. Pues ya vemos: El Dios de la Navidad no es el rival del hombre, sino el Dios que sin dejar de serlo, se rebaja hasta la condición humana, asume la estatura de los pobres más pobres, se entrega hasta la muerte para dar vida al hombre, para levantarlo hasta la inimaginable dignidad de hijo de Dios.

Sólo se puede creer en el misterio de la Navidad cuando, tras el asombro, somos capaces de superar el escándalo: “Dichoso aquél que no se escandalice de mí” —decía Jesús. El escándalo depende del hecho de que aquel al que Juan proclama como “Dios”, es el niño del pesebre, el que más tarde recorrería los caminos y aldeas de Galilea hasta acabar en la cruz.

En su “Introducción al cristianismo”, el teólogo Ratzinger, luego Papa, encaraba el problema sin paños calientes: «Con el segundo artículo del Credo estamos ante el auténtico escándalo del cristianismo. Está constituido por la confesión de que el hombre-Jesús, un individuo ajusticiado hacia el año 30 en Palestina, sea el “Cristo de Dios”, es más, nada menos que el Hijo mismo de Dios, por lo

tanto centro focal, el punto de apoyo determinante de toda la historia humana... ¿Podemos correr el riesgo de confiar toda nuestra existencia, más aún, toda la historia, a esta brizna de paja de un acontecimiento cualquiera, que flota en el infinito océano de la vicisitud cósmica?».

La posibilidad del escándalo debió ser especialmente fuerte para un judío como el autor del cuarto evangelio, educado en el más estricto monoteísmo. Y sin embargo, Juan hace de la divinidad de Cristo y de su encarnación el objetivo primario, la trama y la urdimbre de todo su evangelio, anunciando a Cristo como supremo don del Padre al mundo, dejando a cada uno libre de acogerlo o no. Concluye su Evangelio así: «Estas [señales] han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn 20,31). Y cierra su primera carta casi con las mismas palabras: «Os he escrito estas cosas a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que os deis cuenta de que tenéis vida eterna» (1 Jn 5,13).

+ *Quem mecum est*



“Vence la indiferencia y conquista la paz”

■ Dios no es indiferente

A Dios le importa la humanidad, Dios no la abandona. No perdamos la esperanza de que 2016 nos encuentre a todos firme y confiadamente comprometidos, en realizar la justicia y trabajar por la paz en los diversos ámbitos. Sí, la paz es don de Dios y obra de los hombres. La paz es don de Dios, pero confiado a todos los hombres y a todas las mujeres, llamados a llevarlo a la práctica.

■ Custodiar las razones de la esperanza

Las guerras y los atentados terroristas, los secuestros de personas, las persecuciones por motivos étnicos o religiosos, las prevaricaciones, han marcado el año pasado, de principio a fin, multiplicándose dolorosamente en muchas regiones del mundo, hasta asumir las formas de la que podría llamar una “tercera guerra mundial en fases”. Pero algunos acontecimientos de los años pasados y del año apenas concluido me invitan, en la perspectiva del nuevo año, a renovar la exhortación a no perder la esperanza en la capacidad del hombre de superar el mal, con la gracia de Dios, y a no caer en la resignación y en la indiferencia.

Quisiera recordar entre dichos acontecimientos el esfuerzo realizado para favorecer el encuentro de los líderes mundiales en el ámbito de la COP 21, con la finalidad de buscar nuevas vías para afrontar los cambios climáticos y proteger el bienestar de la Tierra, nuestra casa común.

El año 2015 ha sido también especial para la Iglesia, al haberse celebrado el 50 aniversario del Concilio Vaticano II que expresa de modo muy elocuente el sentido de solidaridad de la Iglesia con el mundo.

■ Algunas formas de indiferencia

La primera forma de indiferencia es la indiferencia ante Dios, de la cual brota también la indiferencia ante el prójimo y ante lo creado. Hay quien está bien informado, escucha la radio, lee los periódicos o ve programas de televisión, pero lo hace de manera frívola, casi por mera costumbre: estas personas conocen vagamente los dramas que afligen a la humanidad pero no se sienten comprometidas, no viven la compasión.

La indiferencia se manifiesta en otros casos como falta de atención ante la realidad circunstante, especialmente la más lejana. Algunas personas prefieren no buscar, no informarse y viven su bienestar y su comodidad indiferentes al grito de dolor de la humanidad que sufre. La contaminación de las aguas y del aire, la explotación indiscriminada de los bosques, la destrucción del ambiente, son a menudo fruto de la indiferencia respecto a los demás.

■ La paz amenazada por la indiferencia globalizada

En este sentido la indiferencia, y la despreocupación que se deriva, constituyen una grave falta al deber que tiene cada persona de contribuir al bien común, de modo particular a la paz. Cuando las poblaciones se ven privadas de sus derechos elementares, como el alimento, el agua, la asistencia sanitaria o el trabajo, se sienten tentadas a tomárselos por la fuerza.

■ De la indiferencia a la misericordia: la conversión del corazón

Jesús nos enseña a ser misericordiosos como el Padre. En la parábola del buen samaritano denuncia la omisión de ayuda frente a la urgente necesidad de los semejantes: “lo vio y pasó de largo”. De la misma manera, mediante este ejemplo, invita a que aprendan a detenerse ante los sufrimientos de este mundo para aliviarlos, ante las heridas de los demás para curarlas, con los medios que tengan, comenzando por el propio tiempo, a pesar de tantas ocupaciones.

La misericordia es el corazón

de Dios. Por eso es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre.

Promover una cultura de solidaridad y misericordia para vencer la indiferencia. En primer lugar a las familias, que constituyen el primer lugar en el que se viven y se transmiten los valores del amor y de la fraternidad, de la convivencia y del compartir, de la atención y del cuidado del otro. Ellas son también el ámbito privilegiado para la transmisión de la fe desde aquellos primeros simples gestos de devoción que las madres enseñan a los hijos.

Los educadores y los formadores que tienen la ardua tarea de educar a los niños y jóvenes, están llamados a tomar conciencia de que su responsabilidad tiene que ver con las dimensiones morales, espirituales y sociales de la persona.

Quienes se dedican al mundo de la cultura y de los medios de comunicación social tienen que ponerse al servicio de la verdad y no de intereses particulares.

■ La paz: fruto de solidaridad, misericordia y compasión

Conscientes de la amenaza de la globalización de la indiferencia, no podemos dejar de reconocer que se dan numerosas iniciativas y acciones positivas que testimonian la compasión, la misericordia y la solidaridad.

Hay muchas organizaciones no gubernativas y asociaciones caritativas dentro de la Iglesia, y fuera de ella, cuyos miembros, con ocasión de epidemias, calamidades o conflictos armados, afrontan fatigas y peligros para cuidar a los heridos y enfermos, como también para enterrar a los difuntos. Mencionar a las personas y a las asociaciones que ayudan a los emigrantes que atraviesan desiertos y surcan los mares en busca de mejores condiciones de vida. Estas acciones son obras de misericordia, corporales y espirituales, sobre las que seremos juzgados al término de nuestra vida.

También a muchos sacerdotes y misioneros que permanecen junto a sus fieles y los sostienen a pesar de los peligros y dificultades, de modo particular durante los conflictos armados”.

